

neis razon, Ursula; en efecto, el sacrificio es hoy fácil. Vuestro consejo es bueno, y yo lo seguiré.

José había acabado de dar á la condesa de Monte-Cristo los detalles del duelo que nuestros lectores conocen ya, entre el conde de Puysaie y el coronel Fritz.

Como ella era el alma y centro de toda aquella grande intriga, necesitaba saber todo en sus menores detalles, porque del mas pequeño descuido podia resultar la ruina y frustracion de sus proyectos.

Luego que concluyó José su relacion, le rogó que fuese á buscar á Ursula, para que esta, á su vez, le diese cuenta de lo que ocurría en el Campo de los Rosales, y durante este tiempo, José reemplazaria á Ursula al lado de Blanca.

Los dos habian quedado solos en el cuarto, y Blanca, turbada todavia por lo que Ursula acababa de decirle, no decia una palabra, y José, por su parte, guardaba tambien silencio.

Hacia algunos dias que Blanca habia cambiado de maneras para con él, y se sentia casi embarazado en su presencia.

Aquel cambio, insensible en un principio, se habia hecho mas notable desde el dia que ella habia entrado en convalecencia.

Hasta entonces se habia mostrado con él, franca, resuelta como uno lo es con su padre, con su hermano ó con su amigo; pero ahora, cada vez que le hablaba, bajaba los ojos, y cuando era él quien lo hacia, ella balbuceaba algunos inarticulados sonidos.

Su antigua osadía, hija de su sencillez é inocencia, se habia trasformado, de un dia á otro, en una timidez brusca. ¿Qué significaba aquel cambio repentino?

José no trataba de averiguarlo; pero á pesar de todo, la turbacion de la jóven reflua sobre él, que se hallaba tan embarazado en su presencia, como ella conmovida, y por eso se callaban uno y otro.

La primera en romper el silencio fué Blanca. Ursula le habia dicho ó demasiado, ó muy poco, y quiso ella misma saber á qué atenerse, por boca misma de José.

— ¿Qué teneis? le preguntó; parece que hoy estais triste.

— Cuando se está empeñado como yo, y como vuestra madre, en una lucha de vida ó muerte, tiene uno dias en que duda.

— Y ¿hoy estais en uno de esos dias?

Sin responder directamente á esta pregunta, José continuó:

— Hay dias en que se siente uno cansado de verse solo, y se busca á su alrededor un alma hermana con la que pueda uno confundir la suya; un amigo que le comprenda y le consuele á uno en su tristeza.

— ¿No me teneis á mí? dijo Blanca con una encantadora sonrisa, ¿no soy yo vuestra hermana? Vos desconfiais de mí, hermano José, ¿creéis que yo no tomara una parte bien grande en todo cuanto interesé á vuestra dicha?

José tomó con efusion la mano delicada que le tendia Blanca.

Todos los enamorados son lo mismo, es decir, bachilleres.

Para ellos, el hablar del objeto de su amor, es acercarse á él en cierto modo.

Desde que madama Rozel y Ursula estaban en el Campo de los Rosales, José no tenia ya á quien hacer confiancias, porque Elena le imponia demasiado respeto para atreverse á hablar con ella de semejante asunto.

De modo que no habia tenido ocasion, sino muy rara vez, de hablar de su querida Cipriana; así fué que recibió con verdadera gratitud la ocasion que Blanca le ofrecia.

— Si, hermana mia, sí, mi querida hermanita, vos sereis esta amiga á quien yo vendré á contar mis penas y mis alegrías, y cierto, yo no podria elegir un consolador ni un confidente mas encantador, ni mas querido.

Expresándose así, habia llevado la mano de Blanca á sus labios, lo cual hacia estremecerse de placer á la jóven.

— Vamos, le dijo, pues espero entonces el principio de esa terrible confesion.

— Amo, respondió simplemente José.

Blanca se estremeció. Iba á saber la verdad.

— Y ¿sois correspondido?

— Lo creo así, contestó José sin jactancia y sencillamente.

— Entonces, dijo la jóven, que se esforzaba por sonreír, yo no veo por qué seais tan desgraciado.

— El mas desgraciado, el mas atormentado de los hombres...

Y tomando su relacion desde el principio, contó todo á Blanca: el modo brillante con que Cipriana se le habia aparecido por la primera vez en casa de la condesa de Monte-Cristo, adornada con todos los encantos de su hermosura virginal; la entrevista en el invernáculo, y en fin, aquel dia tan triste en que él habia presenciado detrás de una columna de la iglesia, el casamiento de Cipriana con el baron Matifay.

Blanca escuchaba aquella relacion, toda azorada, pálida, casi moribunda, y á medida que José expresaba con mayor vehemencia su pasion por la señorita de Puysaie, la pobre jóven se sentia con el corazon desgarrado y hacia esfuerzos sobrehumanos para no desfallecer.

Sin embargo, escuchaba y hallaba la fuerza de responder y hasta de sonreír.

Pero ahora se desgarraba el velo ante sus ojos, sentia, pensaba, veia claro, y le quedaban explicados todos los estremecimientos de su alma, las palpitaciones de su corazon, el súbito sonrosado de sus mejillas.

Ursula tenia razon: amaba á M. José.

Y la prueba de que le amaba, la encontraba confirmada á cada paso en las diferentes fases de la relacion que M. José le habia hecho de su amor; puesto que todas las emociones que este le decia que habia experimentado, tales como sus celos, sus alegrías, su desesperacion, ella misma las habia sentido por José.

Pero en aquel cuerpecito frágil y delicado habia encerrado un valor de heroina. Estaba acostumbrada hacia mucho tiempo á sufrir y á ocultar sus dolores.

En aquel momento, de seguro, si se le hubiese dado á escoger, habria preferido los golpes é insultos de la Monna y

las bestialidades de Chinela, el frio, el hambre y el insomnio que habia sufrido, á las sensaciones y tormentos que le desgarraban el corazon mientras estaba escuchando las confiancias de José.

Sin embargo, tuvo la fuerza de aparentar tranquilidad y aun de forzar á sonreírse á sus labios. Hizo mas, tuvo valor para manifestarse compadecida de José y para pronunciar la palabra *esperanza*; esperanza que si llegaba á realizarse, le quitaba á ella todas las que hubiese podido concebir, y habló sin turbarse de los proyectos del porvenir y de aquel dia en que, siendo José el marido de Cipriana, la conduciria al hogar doméstico comun á ambos.

— Yo no soy, añadió, sino una pobre enferma, y nunca llegaré á conocer una dicha semejante. Seré solo vuestra hermana de ambos: á vuestra Cipriana las fiestas y los goees; yo me quedaré al lado del fuego meciendo los niños y les cantaré, para dormirlos, las lindas canciones italianas que yo sé.

El amor es el mas generoso de todos los egoismos, pero al fin y al cabo es un egoismo, así fué que José no adivinó la causa verdadera de la tristeza con que iban revestidas las palabras de Blanca, ni menos todo el mal que le habian causado aquellas confiancias; y las lágrimas que asomaron á los ojos de la jóven las atribuyó á un sentimiento de ternura y simpatía; de modo que no se cansaba de hablar de Cipriana y volvía á empezar de nuevo y repetir la historia de sus amores, que la pobre Blanca escuchaba inmóvil y resignada como un mártir.

— ¡Ah! ¡cómo la ama! se decia en su interior.

José iba á continuar, pero se detuvo de repente.

Elena se precipitó sobre él de un salto, y con una voz sorda, mas desgarradora mil veces que un grito, le dijo acercándosele al oido:

— ¡Callate, desgraciado!... ¿no ves que la estás matando?... ¡Ella te ama!

XLV

COMO VUELAN LOS ANGELES.

¡Ella te ama! Estas palabras, pronunciadas en voz baja al oido del jóven, comprimieron su corazon y lo llenaron de una angustia profunda.

Blanca le amaba apasionadamente, y él no podia corresponder á aquel amor, puesto que amaba á Cipriana.

Aun cuando la condesa de Monte-Cristo tuviese la muerte en el alma, hizo esfuerzos para sonreírse, y vino á sentarse á la cabecera de la cama de su hija como para protegerla contra aquel enemigo invisible: el amor sin esperanza.

— ¿Estabais conversando? preguntó en un tono que afectó festivo.

— Sí, respondió Blanca en el mismo tono; mi hermano José me contaba sus penas, y yo le decia que tuviese esperanza.

Es menester siempre esperar, añadió con una mirada angélica, aun cuando se sienta una morir.

— ¡Morir! replicó Elena, tratando en vano de ocultar la emocion que sentia su alma, ¡palabra horrible! no es en morir en lo que debe pensarse, sino en vivir.

Blanca se extendió sobre la cama, y con un abandono que indicaba todo su desaliento, contestó:

— ¡Ah! mamá, yo me siento bien fatigada, y cuando uno se ha muerto, quizás es como cuando uno está durmiendo.

— ¿Quieres dejar á un lado esas ideas locas? exclamó la condesa de Monte-Cristo con grande animacion. No es menester morir, ¿lo entiendes bien? ¡Morir! vaya una idea, y ¡qué idea! morir precisamente cuando acabo de hallarte, y cuando vamos á ser todos dichosos.

Y volviéndose hácia José con el pecho agitado y el ojo inflamado, le dijo:

— ¿Lo oís, José? ¿Oís á esta loca y mala hija que habla de morir?

Y en voz mas baja le dijo:

— ¿Es que dejareis morir á mi hija?

Él estaba lívido, y no se atrevia á levantar la vista.

Estaba sufriendo en su interior un terrible combate.

Se trataba ó de perder para siempre á Cipriana, ó de dejar morir á la única hija de la santa por quien él se habia sacrificado toda su vida.

— Mi existencia es vuestra, Elena, disponed de ella como gustéis.

La condesa de Monte-Cristo se levantó entusiasmada, y cogiendo la mano á M. José, le dijo:

— En su nombre como en el mio, acepto ese sacrificio. ¡Ah! José, sois el mas noble y el mas generoso de los hombres, ¡tú eres mi hijo querido!

Elena abrió los brazos y él se dejó caer en ellos, diciendo:

— Mi corazon ha muerto. Ya no espero felicidad en este mundo. Esta felicidad era obra vuestra: vos me la habeis dado, y vos me la volveis á tomar. ¡Cúmplase vuestra voluntad!

Elena y José se hablaban en voz baja, y Blanca examinaba atentamente aquella escena muda, pero no incomprendible para ella.

Adivinaba que en aquel momento M. José le hacia un nuevo sacrificio, el sacrificio mayor de que fuese capaz un alma grande.

Pero tambien ella tomaba una resolucion inquebrantable, la de ocultar su amor, la de negarlo, si fuese necesario. No queria, á ningun precio, aceptar aquel corazon generoso que, para tenerlo, era necesario robárselo á otra.

Así, cuando M. José se marchó y Elena volvió á su lado con un rayo de esperanza en los ojos, para arrancarle la casta confidencia de su amor, Blanca fué la primera que entabló la conversacion.

— Mamá, dijo, mi hermano José está bien triste.

— Sí, la respondió con dulzura la condesa de Monte-Cristo, ya hace tiempo que me he apercibido de ello, y me tiene eso con alguna inquietud. José está triste porque su corazón está vacío. Si José se viese amado, sería dichoso.

— ¡Vacío!... dijo Blanca con una sonrisa que indicaba su duda y su ironía melancólica, eso es lo que os agrada decir, mamá; yo creo al contrario que está demasiado lleno. ¿Conoceis á la jóven á quien ama mi hermano José?

— La conozco... y tal vez no está muy lejos de aquí.

Solo las madres saben decir estas mentiras piadosas.

Blanca volvió á sonreirse de la misma manera.

— Le separa de ella un obstáculo... ¿sabeis cuál es? madre.

— Sin duda, y solo tu voluntad bastaría para aplanar ese obstáculo.

— Entonces, podeis contar con que se aplanará, respondió Blanca, porque mi mayor deseo es el de ver á mi hermano José dichoso con su Cipriana.

— ¿Cipriana?... dijo Elena aparentando admiración, ¿quién es esa Cipriana?

Pero las palabras quedaron cortadas de repente en sus labios.

Blanca, medio incorporada en su lecho, y mirándola siempre con la misma sonrisa irónica, exclamó:

— ¡Mentirosa! Yo sé bien, sí, que se llama Cipriana y no Blanca la que ama mi hermano José. ¿Qué le importa eso á la Pippione, que va á morir, el que la dichosa desposada de M. José se llame Blanca ó Cipriana?

La Pippione es una pobre niña que jamás habría pensado en amar; en cuanto á Blanca, la que debía ser tan rica, tan extraordinariamente dichosa, ni él, ni tú, ni nadie llegareis á conocerla nunca.

¡Ah! Aquella Blanca habría podido tener celos... pero la pobre Pippione no se reconoce con el derecho de mostrarse celosa.

— Tú ves bien, exclamó Elena medio desesperada, tú ves bien que amas á José.

— Sin duda que le amo, casi tanto como á ti; pero ¿de amor? la Pippione es demasiado niña y demasiado enfermiza para amar de amor. Blanca era la que habría amado, y la que habría sido amada.

— Por gracia, hija mia, no hables así, porque me destrozas el corazón.

Pero la jóven continuó con voz mas grave.

— Si yo amaré á mi hermano José con amor, estaria triste al saber que él ama á otra: pues bien; mira si yo lloro. Al contrario, nunca me he sentido tan dichosa como en este instante.

Y se puso pálida como la muselina que la cubría.

— Sí, soy dichosa, muy dichosa... solamente... solamente que no sé lo que tengo...

Y no pudiendo resistir mas, se dejó caer sobre las almohadas, estenuada y rendida, añadiendo á manera de comentario:

— Sin duda es la alegría lo que me fatiga.

Elena contemplaba con muda admiración aquella sublime resignación, y se le figuraba que la forma adorable que había sido su hija iba á desvanecerse como un vapor.

¡Pobre condesa!

La Pippione, su hija, estaba allí todavía, sus manos la tocaban, y en sus mejillas podía sentir el suave calor de sus caricias; y sin embargo, pareciale á aquella madre turbada, que no abrazaba ya sino un fantasma, y que aquella voz estaba muy lejana y como si fuese un eco del otro mundo.

Ya no había duda; el amor la habría hecho vivir, la ausencia del amor la mataba.

Pero no era una muerte triste, no; era casi una resurrección, puesto que sobre los labios de la agonizante jugueteaba la inefable sonrisa de los desterrados, á quienes se les llama para que vuelvan á su patria.

La Pippione misma era la que consolaba á su pobre madre.

Y la protegida se había cambiado, á su vez, en protectora.

Elena ya no la dejaba ni un solo instante, como si hubiese querido gozar de los últimos resplandores de aquella alma que se iba extinguiendo, y trasforma cada hora en un día, cada día en una semana, para prolongar el goce que ella había disfrutado, durante tan corto tiempo, y que iba á perder para siempre.

— ¿Ves tú, querida madre? decía la jóven con una dulce autoridad, apretando en sus manos descarnadas las manos heladas de la condesa; es menester que no llores. Yo no padezco nada: se me figura que me voy á dormir; pero estoy muy cansada... sí, me siento muy cansada.

¡La vida ha sido para mí una carga tan pesada!

Y sin embargo, no me quejo por eso. Los dos meses de dicha pura que he pasado á vuestro lado, compensan largamente toda una existencia de miseria. Han sido bien cortos, ciertamente; pero dicen que las dichas cortas son las mejores.

¿Por qué lloras? Yo no te dejaré: Dios es bueno, y si yo he cometido alguna falta, Él me la perdonará. Me permitirá entrar en el paraíso lleno del humo del incienso, poblado de serafines, brillante de resplandores refulgentes; pero yo le diré:

No, Dios mio; yo no quiero pasearme en vuestros jardines, en los que las estrellas son las flores; permitidme á mí el elegir mi paraíso.

Y el paraíso mio, querida madre mia, será el quedarme á tu lado, al lado de todos vosotros, siempre viva en vuestros pensamientos, escuchándoos y respondiándoos, y hablando con vuestras almas despacito.

Cuando se abra la flor en el jardín para embalsamar con su perfume el aire, que tú la acerques á tus labios, yo estaré allí en aquella flor y yo seré quien reciba tu beso; me transformaré tambien en rayo de luz, en la brisa que pasa, en el murmullo que hace ruido. El viento que agitará tus cabellos será una de mis caricias, el perfume de las floridas lilas que se elevarán hasta tu ventana, será mi aliento, y el canto lejano que te cause placer será mi voz.

Al escuchar Elena estas palabras de consuelo, sentia desahacerse su corazón. Roncos gemidos se escapaban de su pecho agitado, y arroyos de lágrimas corrian por sus mejillas.

— ¡No, no, serafín mio, no te vuelas! ¿qué será de mí, pobre mujer, cuando ya no te vea, cuando no oiga la música de tus palabras, cuando ya no pueda besar tus ojos y heber tu sonrisa?

¡Oh alimento divino de mi corazón, pan de mi alma! ¿Cómo! ¿cuando apenas se ha comenzado el festín, vá á concluirse tan pronto para mí, que estoy hambrienta de tus caricias?

Ése Dios que nos lo presentan tan clemente, ¿no sería un tirano caprichoso? ¿Para qué haberme devuelto á mi hija si me la había de quitar tan pronto?

— Madre, no blasfemes así, le dijo Blanca con voz grave; no te irrites contra Dios, porque esas cóleras y esas blasfemias nos separarian para siempre.

Ya sé yo que sin mí no podrás tú vivir, y eso es lo que me hace estar en este momento tan tranquila y tan alegre.

Mientras que tú permanezcas aquí abajo, yo seré tu compañera de destierro, y cuando resignada á la voluntad de nuestro Padre que está en los Cielos, hayas cerrado los ojos corporales para no volver á abrirlos, yo estaré á tu cabecera esperando la libertad de tu alma, y entonces, unidas las dos y entrelazadas, nos volaremos llenas de una alegría eterna á las mansiones celestiales.

¿Comprendes tú esta alegría, madre? el no separarse nunca, el amarse siempre, ¡siempre! ser dos almas distintas y no ser mas que una sola: ser tú y yo al mismo tiempo.

Aquí abajo no nos conocemos: yo no sé lo que tú eres, ni tú sabes lo que yo soy, porque en medio de nuestros espíritus tenemos el obstáculo de nuestro cuerpo: no nos vemos sino de una manera muy confusa y á través del velo de nuestra carne; pero allí arriba leeremos en nuestros corazones.

Amar y saber que uno es amado, es el verdadero paraíso, y nuestro amor no tiene límites.

Todos estos consuelos místicos y estas promesas de una dicha futura, lejos de calmar las angustias de Elena, no hacian mas que aumentarlas, porque le daban á conocer mas y mas todo el valor del bien que iba á perder.

Por momentos, sin embargo, sus lágrimas se detenian y sentia penetrar en su pecho cierta calma. Le parecia que andaban revoloteando por el cuarto algunos seres invisibles que inspiraban á Blanca sus palabras, y se le figuraba que oía el cuchicheo de los ángeles y serafines.

Y entonces creía en las promesas de la felicidad eterna que le hacian por boca de su hija; pero un momento despues, cuando esta se callaba, ya no veía mas que á su hija moribunda á la que sus manos tendrían que amortajar en breve y colocar en el féretro.

Y de nuevo se sublevaba contra aquella injusta sentencia...

Era una noche.

La condesa de Monte-Cristo debía de acordarse de esta

noche durante su vida, aun cuando esta hubiese sido de mil años.

Durante todo el día había hecho un sol muy claro. Era un domingo, y se oían por las calles mil ruidos alegres y mil coches que conducian parejas engalanadas hácia el bosque de Meudon ó de Ville de Avray, á donde iban á divertirse.

Parecia que todo estaba de fiesta, los hombres y la naturaleza. Los retoños de los árboles asomaban sus cabezas enrojecidas como sangre, y muchos de ellos, hinchados con la sávia, rompian ya sus finas envolturas y se trasformaban en una multitud de foliculas de un verde blanquecino.

El cuarto estaba lleno de flores; el invernáculo del palacio Matifay había sido, por decir así, devastado, para contribuir á satisfacer los últimos caprichos de la Pippione.

Las flores embalsamaban el cuarto en su parte interior; por fuera las brisas templadas de la primavera mantenian una temperatura caliente.

Todo aquel día había sido un día de dicha y de esperanza para Elena.

Nunca le había parecido estar su hija tan gozosa y risueña.

Llegó la noche precedida por su misterioso crepúsculo, y despues, por grados, la oscuridad con sus sombras mas misteriosas y espesas.

Noche hermosa y estrellada. Veíanse relucir en el fondo negro del firmamento esos millones de cuerpos celestes que con la reverberación de sus trémulos resplandores parecian como miradas de amigos que convidaban á Blanca á que fuese á habitar entre ellos.

La jóven se había quedado dormida, y parecia que en su sueño estaba conversando con alguno á quien no se veía, que ella escuchaba su voz, y que le respondía.

De repente, una convulsion brusca agitó todos sus miembros: abrió sus ojos, y llamó á su madre, que se hallaba en el alfeizar de la ventana meditando.

La llamó, pero ¿con qué tono? con un tono bien lúgubre, porque la pobre mujer al oírlo, se quedó sin sangre en las venas, como suele decirse, y acudió toda acongojada cerca de su hija y le tomó las manos que sintió humedecidas con el sudor de la muerte.

— ¡Ha llegado el momento, madre mia!

Estas eran justamente las palabras que esperaba oír: no la sorprendieron, pero la dejaron helada de espanto.

Era tanto lo que padecía, que durante un momento creyó que tambien su hora había llegado.

— Esta es la última noche, dijo Blanca con una voz solemne. Ya me llaman, los estoy oyendo.

Yo quisiera bien quedarme todavía, pobre madre, pero no puedo; su voluntad es mas fuerte que la mia. Están allí arriba y me hacen señas que los siga.

Los veo, mansos y terribles á la vez, con sus túnicas blancas y sus alas azuladas, y en la frente de cada uno de ellos brilla una estrella.

Ellos te aman á ti tambien. Al mirarme á mí se sonrien, y al mirarte á ti, lloran.

— ¡Locura! exclamó Elena, esas son visiones... sueños...